

CUANDO LA MIRADA ES HORIZONTE

(...) Pero el verdadero viaje no es nunca
una huida ni un sometimiento, es evolución (...)

Estas palabras de Juan Eduardo Cirlot, forman parte de la cita con la que Goya Gutiérrez nos introduce a su poemario *La mirada y el viaje* (Emboscall, septiembre de 2004), y su propia poesía, a lo largo de las páginas del libro, evoluciona desde una ciudad física, somática, de sensaciones, colores, aromas, sonidos... hasta una ciudad cantada desde el alma del poeta con la firme resolución de penetrar en su estado de ánimo, en su pulso y descubrir sus trampas, sus miserias, su belleza y sus intimidades.

En la primera parte de la obra ("Impresiones") la autora hace un recorrido descriptivo que se realiza entre la realidad y el sueño. Es la parte, al entender de este lector, más lírica, en la que Goya Gutiérrez busca en el personaje de Lorca una especie de apoyo que le sirva de punto de partida en su particular viaje verso a verso. Un viaje que vendría a ser una respuesta, una consecuencia natural de la propia esencia de las cosas y de las personas: El movimiento. Un viaje que constituye una manera de alimentar el espíritu, de aportar aquello que no está, no podemos o no sabemos hallar en nuestro entorno cotidiano. Un viaje que nos lleva a Nueva York, a Venecia, a Roma, al Sahara, a Benares, a Bangkok, a Petra, a la Capadocia, Egipto, Itaca o Lisboa, y que nos trae de retorno hasta Laie, punto de partida y lugar desde el cual iniciar un viaje más largo y complicado, el de la propia reflexión.

Los versos de Gutiérrez nos representan algunas de esas ciudades como enormes mamíferos, grandes animales que adoptan la suma de los temperamentos de sus habitantes (caso de NY) o como bellas y viejas señoras disfrutando de su encantadora decadencia y a la vez de su vitalidad y su pujanza (caso de Roma). O persiguen los espacios abiertos en busca de aire para respirar, en busca del sonido del silencio o las señales de las estrellas (Sahara). O nos hablan de la necesidad de huir de nuestro entorno, o de la paradoja de que unos y otros buscamos las latitudes opuestas a la nuestra.

En la segunda parte, "La ciudad y sus mundos", hallamos una poesía más dura, combativa, de tono más épico, apuntando con su verso hacia la injusticia y la desigualdad. Así, en poemas como "Ciudad violentada" y "Ciudad derruida" encontramos sendas elegías que nos sitúan en las ruinas y los escombros surgidos del terror y del fanatismo, o tal vez en las carnes en ruinas de la mujer maltratada. En "Ciudad del buen amor", un alegato contra la doble moral y contra los defensores de una ética que condena los pecados y los crímenes de los débiles, mientras cierra los ojos ante el salvajismo y la prepotencia de los fuertes. Vemos también cómo "Ciudad del grito" clama contra los horrores de la guerra y cómo "Ciudad burdel" y "Ciudad de los puentes" cargan contra la sociedad del espectáculo televisivo y de la venta de la intimidad, eso que a veces llamamos "el espectáculo de lo real", así como contra la nefasta influencia del mercado y de las modas, que pueden llevarnos hasta comportamientos patológicos en nombre de estéticas más que dudosas. En "Ciudad del tercer mundo" Gutiérrez se lamenta del abandono al que tenemos sometidos a los habitantes de las zonas pobres del planeta. "Ciudad inmobiliaria" ironiza contra la especulación.

"Ciudad de los tranvías" y "Ciudad hospitalaria" recuperan la cara más amable del poemario y nos hablan de una ciudad armónica que forma parte del recuerdo o la ensoñación de la infancia. "Ciudad de los trenes" rememora con cierta nostalgia la infancia y la llegada a una Barcelona apacible en la que edificar una vida futura, y "Ciudad de los amantes" aporta el ingrediente fundamental para esa apuesta de futuro: el amor.

Toda esta suma de las múltiples caras del ente urbano desemboca en "No callaré los nombres", broche final en el que la poeta nos hace partícipes de su intención de proseguir el viaje con paso firme, de seguir adquiriendo todo aquello que el viaje nos ofrece y seguir contándolo, poniéndole poesía a todo ese recorrido vital. Con los versos de Goya Gutiérrez nos aseguramos un instrumento fundamental en el equipaje del viajero: la mirada que todo lo redescubre, que todo lo reconoce, que todo lo armoniza en nombre de la belleza pero también -y sobre todo- en nombre de la verdad.

J. A. Arcediano.
Enero de 2006.

Goya Gutiérrez. *La mirada y el viaje*.
Prólogo de Felipe L. Aranguren.
Emboscall. Vic. Septiembre de 2004.

GOYA GUTIÉRREZ (1954) es de origen aragonés, pero ha vivido la mayor parte de su vida en la ciudad de Barcelona, donde se licenció en Literaturas Hispánicas. Se dedica a la docencia desde hace 16 años. Actualmente reside en Castelldefels, donde forma parte del grupo ALGA de poesía, en el seno del cual dirige y edita la Revista Literaria Alga. Formó parte del grupo de poetas vinculados a la Colección Bauma Cuadernos de Poesía, donde publicó la plaquette *Regresar* (1995). En 2001 publicó el libro *De mares y espumas* (La mano en el cajón) y a finales de 2004 *La mirada y el viaje* (Emboscall). Algunos de sus poemas, artículos y entrevistas han aparecido en revistas como Alga, Turia y otras.

CUEVAS

Yo soy la mano
De pulso firme
Y remoto trazo
Que dio a la roca
La perfección exacta
De los perfiles.
Caballos y bisontes
Sobre sus brumas
De siglos, de agua
De piedra y aire,
Bajo el enorme hueco,
Sobre la bóveda
Muestran
Su perpetuidad.

Mas esa herida
Tiende a cerrarse,
Bosque encantado
De arquitectura.
Mientras la música
Del agua marca
La quieta nota
De la caída
Crece hacia arriba,
Se une en columna
Majestuosa
La estalagmita.
El cuerpo interno
Ramificado
Sigue
Sin detenerse
Vertiendo lágrimas
Que cristalizan

Qué mano
Ganará al tiempo
Y el pulso

BENARÉS

Aunque penetres lentamente,
Al principio no sabes
Si estás en un infierno,
Pero el olor a polvo
De ruedas, pies desnudos,
Pezuñas y pedales
Es terroso y terreno.
Y el flujo inagotable,
De embarrancado río
De gentes y animales
Sacrílego, en las calles
De elegido puerto
Y Útero, de la muerte.

Bajo nubes de incienso
Llama el fuego a los muertos
Engalanados y dispuestos
Hacia el altar, lugar de inicio
Que no cambia.
No hay luto en esta noche
Candente de sus carnes
Crepitando en el viento.

En la quietud del cielo
Desnudo que amanece,
Devolverá el aire
Al agua su principio.

Navegará,
Entre ceniza y lodo.
Alboreará,
El mundo liberado
Del perpetuo regreso

CIUDAD DEL TERCER MUNDO

tierras ardientes, quebradas
de tanto estirar los márgenes,
volcanes que se desbocan
hacia espacios de humedad,
danza de ojos incrustados,
máscara que al tiempo espanta,
policromía triunfando,
elevándose del cieno,
ánforas de luz y sal,
sed de pozo, agua de dunas,
diáspora que curva el viento,
bocas de arena doradas
adentrándose en oasis,
manos firmes de mujer
fecundando las raíces
de mercedida parcela
de hipotética esperanza

no caben más pies aquí
en la tierra sin asfalto,
con el fruto ya expoliado
por los tiranos de turno,
qué pena de este vergel
rumor de selvas y juncos,
cantos de exultantes plumas,
reclamos, belleza, orgullo
de leones y felinos

con el alma endurecida
y el obligado desnudo
de mi carne osamentada,
emigro hacia una ciudad
de tejados de uralita
y de un aire envilecido
a vagar, limpias mis manos
y mi rostro oscurecido
se alivia entre el encalado
de laberintos angostos
de color blancoazulados
pobres, presentado el reto
a este sol enardecido,
un paraíso sin tiempo
de miseria consentida

y encomendada a la luna,
desde esta ciudad sin rumbo:
hormigas exploradoras
huyen de su lazareto

CIUDAD DE LOS AMANTES

entre las diagonales de su cuerpo
mis pasos indecisos te buscaban,
huyendo de esos túneles inmensos
que engullen el metal
de los atardeceres,
y traspasan como agujeros negros
la ciudad y sus sueños las espumas,

aleteaban crepúsculos
del último verano
archipiélago en la arena
de sus brazos,
se presentaba octubre
vestido de promesas,
noviembre cobijaba el temblor
de caderas aún frescas
que ya diciembre helaba,
y sus noches violetas
derramaban esperas

paseábamos las horas de ida y vuelta
hacia aquellas afueras
de ciudad,
donde los arrabales
tiñen con su cemento
el humo engendrado de las fábricas,
y motores impúdicos
violan silencios
de jóvenes amándose en
parcelas sin dueño,

ya ascienden por los muros buganvillas,
colorean el aire presagian primaveras,
presencian las ágiles piernas decididas
de la mujer hacia una cita a ciegas,
¿y adónde estabas tú cuando el amor
empuja desde el mar como un útero?

allí, junto a la brasa de despierta
luna, el cálido remanso de tus ojos,
el agua de tus
brazos regresando
mi cuerpo hacia otros túneles
de océanos de mares y desiertos,

aquí, dentro de nuestros pechos
que agolpaban las noches y
los días destejiendo,
para al fin encontrar
la hebra de seda
que el amor escondía
en sus dominios